

LA IGLESIA, "UNIDAD DEL ESPIRITU SANTO"

Hace ya bastantes años —era casi en los comienzos de la generación de los modernos liturgistas científicos— dos ilustres estudiosos, Jungmann y Botte, se opusieron, incluso con violencia —ésta es muy propia de la juventud y ambos autores eran en aquel entonces jóvenes— en una discusión sobre el significado más exacto de la fórmula litúrgica del final de las colectas "In unitate Spiritus Sancti".

Convencidos de que el recurso a autores "clásicos" casi siempre resulta enriquecedor, y a veces incluso pacificante, hemos releído estos días con gusto e interés los argumentos de la polémica. Y hemos confesar sin ambages que en aquella ocasión fue Botte y no Jungmann quien llevaba razón. La antigua fórmula litúrgica "en la unidad del Espíritu Santo" tuvo, desde sus orígenes más remotos, un claro e indiscutible sentido trinitario; su finalidad no era sino la confesión de que el Padre reina con su Hijo y el Espíritu Santo como Dios uno. De la fórmula, había pues que descartar aquella referencia literal a la Iglesia que sugería el P. Jungmann, por muy sugestiva que pareciera la propuesta y por más que esta visión concordara con nuestro Credo que confiesa abiertamente la unidad de la familia eclesial. Quienes compusieron, en efecto, la expresión que comentamos lo hicieron —Botte lo argumenta magistralmente— porque vivían en un ambiente de luchas trinitarias y querían confesar la fe verdadera de la Iglesia en las tres personas distintas de la Trinidad.

Pero este hecho no obsta a que la opinión del P. Jungmann tenga también su encanto. Sobre todo en nuestros tiempos de divisiones y a veces incluso tensiones, no sólo en el mundo, sino en el mismo seno de las comunidades cristianas, la interpretación del P. Jungmann puede ser espiritualmente muy sugerente. ¿No hablan acaso los teólogos de un sentido "espiritual" de la misma Escritura que, sin prescindir del sentido literal que continúa siendo el fundamental, se añade a veces al mismo? Y ¿no es verdad también que este

sentido de la Palabra de Dios llamado por algunos “más pleno” ha sido con frecuencia espiritualmente enriquecedor para la contemplación y vivencia del misterio cristiano? ¿Qué razón podrá, pues, aducirse para privar a la liturgia de vivir, en algunas de sus expresiones, un sentido añadido y enriquecedor de las preces eucológicas?

Según el P. Jungmann la expresión de las colectas romanas “Jesucristo... que contigo vive y reina en *la unidad* del Espíritu Santo” se sitúa en la misma línea de la conclusión que la Anáfora primitiva de Hipólito que, ella sí, tiene sentido eclesiológico y referencia explícita e innegable a la Iglesia: “Gloria a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, *en la santa Iglesia*, por los siglos de los siglos”. Es decir, la glorificación de Dios se realiza, según Hipólito, por y en la familia cristiana, por y en aquella comunidad para la que el Señor pidió insistentemente la unidad. Por ello es sugerente que, al presentar nuestras súplicas a Dios en las colectas litúrgicas, concluyamos las peticiones con un deseo de glorificación —la plegaria cristiana nunca se limita a la súplica— y confesemos que esta glorificación se logra precisamente cuando y en la medida en que la Iglesia es una.

Bonita fórmula, pues, la de la conclusión larga de las colectas litúrgicas. Pero esta conclusión hay que decirla bien y para ello es preciso conocer —y contemplar— en primer lugar su sentido literal: concluida la petición se pasa a la glorificación trinitaria. No hay que ceder, pues, a la tentación de suprimir sistemáticamente en las colectas la doxología, usando sólo la conclusión breve —legítima pero más pobre y por ello presente sólo en las oraciones de menor relevancia como son las horas *menores* del Oficio—; ni convertir tampoco egoísticamente la doxología en un nuevo inciso de petición que no figura en el original, como acontecería —se hace algunas veces— si a la frase conclusiva se añadiera “*Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo*”.

Pero junto a esta comprensión literal del texto nada impide enriquecer el contenido de la fórmula con un nuevo “sentido más pleno”: Jesucristo, a cuya mediación recurrimos y cuya glorificación trinitaria con el Padre y el Espíritu Santo proclamamos, vive y reina de modo muy particular y culminante en su Iglesia, en aquella comunidad que es radicalmente una: la del cielo ciertamente donde a la diestra del Padre ha culminado su pascua. Pero también la Iglesia peregrina aún en el mundo en la que, como él mismo prometió, no deja de estar presente y donde también reina. Pero reina únicamente —es preciso que lo recordemos— sólo si esta Iglesia es la *unidad del Espíritu Santo*, es decir, aquella comunión de amor que tiende a superar toda disgregación y toda división para que arraigue en su interior la *unidad*, unidad que en ella va creando e intensificando sin cesar el Espíritu Santo.

P. F.